



SEMANARIO Ilustrado

Director
A. Gascón de Gotor

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Contamina, 25

Zaragoza . . 1 pta. trim.
 Provincias . 1'20 "
 Ultramar y extranjero 2'00 "
 Número suelto 10 cénts.

Revista española de Bellas Artes, Literatura, Ciencias, Arqueología y Actualidades

AÑO I.

Zaragoza 15 de Enero de 1893

NÚM. 3

SUMARIO

TEXTO: *La Semana*, por Briz.—*La pena del Talion*, cuento romano, (conclusión), por doña Rosa Eguilaz de Parada.—*Cuentos infantiles ilustrados: La venganza de la encina*, por D. Alfonso Pérez Nieva.—*La bendición de Sor Isabel*, episodio histórico, (conclusión), por D. Antonio Aparicio.—*Una boda en China*, por D. Pedro Gascon de Gotor.—*Cosmopolitas*, por A.

FOTOGRAFADOS: *Campanario de la Catedral de La- Seo (Zaragoza)*—*La venganza de la encina*, dibujos de Cilla.—*Una boda en China*, (conclusión).

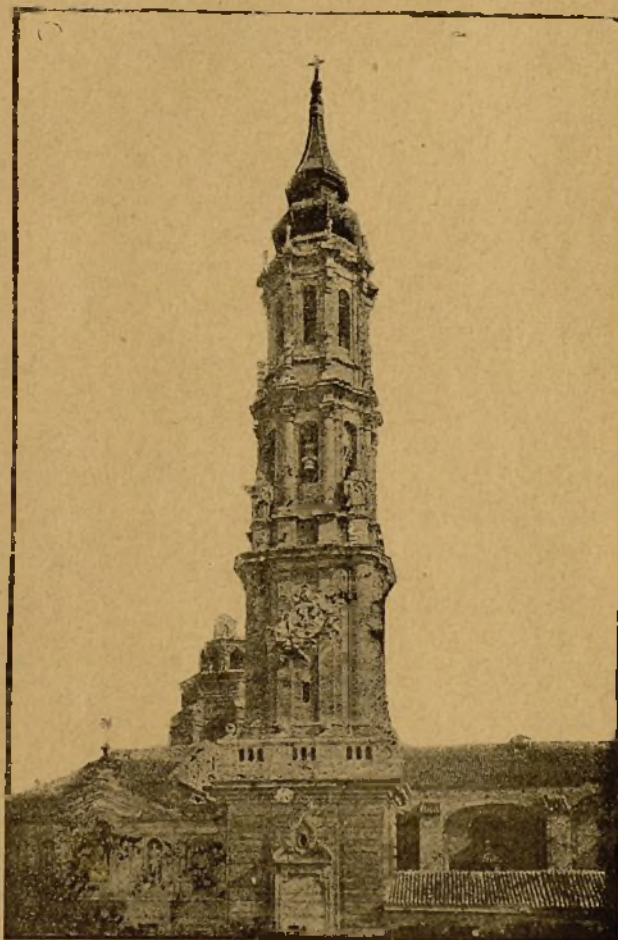
LA SEMANA

INDUDABLEMENTE estamos en el periodo más riguroso del invierno. Los telegramas que de dentro y fuera de España publica la prensa, acusan frío intenso, que en algunas partes ha ocasionado víctimas.

En Zaragoza no tenemos que envidiar, en lo que se refiere á los hielos, ni á Madrid, ni á París, ni á nadie.

Ha habido días que la respiración se congelaba y no faltó nacido que temiera convertirse en sorbete.

La verdad es que con semejante tiempo, lacrimoso como una viuda vieja y pobre, y tristán como el del mes de Noviembre ó la cara de un cesante, maldito si hay quien piense en otra cosa que en aproximarse á la ya clásica *mesa camilla*, al antidiluviano brasero, ó á la moderna estufa, traidora como el viente-cillo de Guadarrama, obsequio de la cortesana Villa del oso y del madroño, que se cuele en el cuerpo de cualquier individuo, más ó menos conocedor de sus gracias, que distraídamente *hace tiempo* viendo las pintu-



Campanario de la Catedral de La Seo (Zaragoza), proyectada por J. Bautista Contini en 1635.

ras de casa Hernández, la pendiente de la carrera de San Jerónimo, ó el laberinto de coches que la cruzan, para continuar su ruta por las calles de Sevilla y del Príncipe.

Las exposiciones de puro huérfanas, desean cerrar sus puertas al público que, en su mayoría frío é indiferente, recorre sus salones, fijándose más en la *toilette* de cualquier dama de buen palmito, que en tal ó cual obra artística moderna ó antigua, salvo el caso de reproducir *Venus* ligeras de ropas, ó *solteras* que á pesar del tiempo se tienden cual Eva y más ligeras que Eva, sobre el verde césped ó el blando colchón de plumas, decorados sus fondos con soñados paisajes y alegres praderas, ó rodeadas del pebelero, el abanico, la tetera, el jarrón, la elegante alfombra ó tapiz, de sedas, rasos y moarés, todo con sus pujos de oriental, que más que un gabinete, parece un comercio revuelto en días de gran despacho.

Pero en fin, dejemos á unos y á otros, que después de todo poco se pierde, como nada se perdería si en vez de tener teatros en que se dibujan más ó menos bien siluetas de *horizontales* tristemente célebres, se ejecutaran obras verdaderamente artísticas que tendieran á su fin, á moralizar, presentando lo perfecto de la naturaleza y de la sociedad, y despreciando lo innoble que siempre se rodea de frases picantes, oropelos de que se suele vestir la osamenta, ni más ni menos que hace el pintor escaso de talento, al hacinar diversos objetos que nada dicen para el inteligente, pero que deslumbran al incauto.

La semana anterior fué triste para las Bellas Artes zaragozanas y aun sin pecar de exagerado, me atrevo á afirmar que lo fué igualmente para el resto de España.

Falleció el anciano maestro el M. I. señor D. Bernardino Montañés, director de la Escuela de Bellas Artes de San Luis de esta ciudad, pintor notable, que ha dejado gratos recuerdos de su talento, de sus conocimientos y de su trato.

Como la empresa del SEMANARIO ILUSTRADO va á dedicarle un número en su honor, nada más digo por hoy, sino que Dios le haya acogido en su seno.

BRIZ.

LA PENA DEL TALIÓN

(CUENTO ROMANO)

(Conclusión)

III

—El emperador es oráculo. ¡Falsas son! ¿Quién usó fraude tal? ¿Quién engañó á la esposa de César.—El á cada punto, pero encendíase su rabia de que otro

lo hiciese.—¡Oh! ¡infeliz dios humano! Se te veda la tranquilidad. A mí que por conservarla sin temor al enemigo, escribí ha poco en el Senado á un general de Hiria que dé muerte á cuanto varón, niño ó anciano, pronuncie una palabra ó conciba una idea turbulenta. Augusta, Augusta, no es dable ser bueno al hombre, ni anhelar la paz. Mis goces inocentes, mis construcciones de flores y frutas, modelos preciados de fortalezas, mis recreos infantiles, hélos negados hoy, que sólo pienso en vengarte. ¡Esclavos! ¡Senadores! ¡Patricios! Corred; buscar al impostor, devórenle fieras mañana; ha hecho equivocarse á la mujer de Galieno!

—Compasión. Muéstrate magnánimo. Yo le perdono.

—¡Jamás!

IV

A la mañana siguiente, una patrulla de la guardia pretoriana, conducía á presencia de Galieno al mercader, que no sospechando en el tirano conocimientos tan profundos de artífice, orgulloso con la imitación de sus perlas, paseaba cerca del río, donde le mostró á los soldados la esclava favorita de Augusta.

—¡Tiembla infame!—rugió el primero al verle.—¿Qué te ha movido á semejante maldad?

—En menor grado la codicia. Quería veros frente á frente y me fingí mercader. Mi dicha no fué colmada: sólo hablé á Augusta y al darme oro, no osé rehusar... ¡Duélete de mí!

—El que ha condenado á muerte á cuatro mil hombres por rebeldía, el que vive adorando el imperio... ¿piensas que perdone al que ofendió á la que le parte conmigo? Consuele mi odio la esperanza de tu sufrimiento. Nunca presenciará Roma castigo tan ejemplar. Desde anoche, mi propia mano, lanza hierbas que la enfurecen, á la terrible fiera que consumará su destrucción. Llevadle.

—Tirano inicuo, escucha ya que eres inflexible. Por mucho que me aborrezcas, no será tanto como yo te abominé desde que soy pobre por las convulsiones que sufre mi suelo. Me llamo Marco Sabino. No he perdido manera de ligarme á tus rebeldes.

V

Roma habíase juntado en el circo, ávida de ver al gentil ofensor que iba á castigar la fiera animada, con la fiera irracional.

Los blancos atavíos de las vestales, la reluciente pedrería de las nobles, la beldad plebeya, el casco marcial, las togas de mil colores... formaban apañada compacta multitud.

Un grito unánime saludó á la víctima, al pisar la teñida arena. Pálido, marmóreo, á penas alentando, escuchó aquel clamor análogo al ruido del primer paso en la eternidad; esperaba la fiera que debía devorarle.

El emperador, irguiendo su elevada estatura, dispuso que Sabino sufriera el suplicio en el lugar más cercano á él y habló al pueblo.

—Romanos: Vuestro César es dios. La venganza el placer de los dioses. Marco Sabino ha engañado á la emperatriz. Ojo por ojo, diente por diente. Sufrá la pena del Talió. Tú digiste á Augusta. «Ten esas perlas.» Recibe tu castigo..... Devórete ese monstruo.....

A una seña de Galieno, apareció el carnívoro animal.. ¡Un capón!!!!...

En la vida recibió emperador, triunfo tan grandioso. Aquel acto de justicia le afirmó en el Capitolio, más que cien batallas.

De donde se deduce: que los pícaros de todos tiempos, son galantes con sus mujeres; que los potentados romanos que se empobrecían, no pudiendo jugar á la bolsa, á falta de papel-moneda, usaban perlas de vidrio; que los jefes de nación que ahora salen con una pata de gallo, salían entonces con un gallo entero...

Y finalmente, que remontándonos al origen del *sprit*, puede considerarse que es gallo ó galo-romano (vá de *calembourg*).

ROSA EGUILAZ DE PARADA.



La venganza de la Encina

¿No es verdad que parece que salen ayes de la lumbre, abuelita?

Los tres niños quedaron mirando á la anciana con el adorable rostro lleno de preguntas, á la vez que escuchaban atentamente el chisporroteo de los troncos... No cabía duda, el fuego se

quejaba por lo bajo, oíanse como ahogados suspiros... La venerable señora se sonrió con blandura y acariciando á los pequeñuelos les respondió con un singular tonillo de misterio:



—¡Si que salen! ¿Y no sabéis quién se lamenta?..

Los tres rapaces permanecieron mudos sin acertar con la respuesta, torturándose en vano el magín, hasta que el más resuelto, un rubio de maliciosos ojos azules, exclamó con la socarronería del que ha escuchado una bobada y la perdona sin hacer mérito de ella:

—¡Pues serán los leños!..

La abuela continuó sonriéndose con aire de lástima y soltando sus frases una á una.

—¡Pues no señor que es una venganza terrible de la encina! ¿Qué me dais si os refiero la historia?

—¡Historia! ¿Qué digiste?.. ¡Cuenta, cuenta!..

La darian lo que quisiera; dulces, los ahorrillos de la hucha, un apretadísimo abrazo, muchos besos. La abuelita escogió lo último; los mocosos treparon atropellándose por sus rodillas hasta llegarle al rostro, y se comieron sus carrillos con sus labios frescos!..

—¡Basta, basta—murmuró la anciana, sofocada y jadeante—me vais á matar y entonces os quedareis sin relación...

Tranquilizaronse entonces los chicos, rodearon á la vieja señora sin apartarse mucho y esta comenzó:

—Pues habéis de saber, que digo, lo sabéis de sobra, porque eso es muy antiguo,

que cuando se echa encima la mala estación invaden el bosque, hacha en mano, multitud de leñadores que surten de combustible á la ciudad.

La existencia es esa y no vale protestas ni rebeliones. Está dispuesto que unos vivamos á costa de otros.



El hombre se sostiene comiendo carne de un animal.

El invierno sacude á la tierra con sus ventiscas y sus turbiones y hay que defenderse del frío.

Desde los más remotos tiempos el fuego ha sido el gran enemigo de la escarcha, y desde los tiempos más remotos no hay fuego sin leña.

Pero, pongámonos en el caso de las encinas, hijos míos... Ellas se crían y crecían tan robustas y sanguíneas, con su frondosa copa siempre verde envidia de los demás árboles, en íntimas pláticas con las águilas que se abaten sobre el monte, cargadas de fruto, soñando con llegar á centenarias, y he aquí que de pronto se acerca á ellas un ejército de hombres armados de hachas y á ésta me la cercenan un brazo y á aquella me la cortan una rama madre y á esotra me la parten por la mitad del tronco.....

¡Imposible la defensa!... Sus lágrimas no son escuchadas nunca y entonces se enteran de que es efímero su hermoso ropaje y de que nacen para morir en la chimenea...

Los chicos oían en silencio, poniendo una cara muy asustada y muy seria, sin acertar dónde iba á parar el cuento de la abuelita, y casi, casi medio llorando por las pobrecitas encinas. Pero ¿y la venganza? La vieja siguió:

—Entre todas las encinas no había habido ninguna que se atreviera á defenderse: sucumbían resignadas, sin protestar, en silencio..... Pero un día una carrasca brava é independiente, determinó vengarse, y vaya si se vengó... Era una tarde de viento y del huracán sacudía copas de los árboles con violencia, hasta casi azotar el suelo. Un leñador se acercó á la carrasca hacha en risa. Un leñador se acercó á la carrasca hacha en risa, lo

levantó de un golpe volteándolo como una pluma y estrechándolo con las ramas contra el tronco lo hundió medio ahogado entre la espesa hordimbire del follaje; el campesino desapareció en la copa y se quedó oculto, sin que nadie se enterase del secuestro... Otro labriego se acercó después á la briosa carrasca: estaba condenada á muerte, alzó el arma terrible y acometiendo á la encina por su base la derribó en tierra..... Aquella misma noche, la carrasca con su hombre escondido, sin soltarle, ardía en el fogón rústico, abrasándose el cuerpo del infeliz; pero como el alma es inmortal, el espíritu del leñador vive entre las ascuas, gimiendo:

La vieja narradora guardó silencio, y los muchachos amedrentados creyeron oír efectivamente en la chimenea pedir socorro, y les entró un miedo terrible, proponiéndose no trepar más á las encinas por si hacían lo mismo que con el leñador, con los chicos que las cogieran las bellotas.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



8 de Enero de 1893.

La bendición de Sor Isabel

(EPISODIO HISTÓRICO)

(CONCLUSIÓN)

Servíanos Jorge de introductor, y después de atravesar un espacioso azaguan, provisto de una buena cancela que evitaba las corrientes del aire, entramos en una especie de saloncillo amueblado como un recibidor, y de aquí pasamos á una cocina de hogar bajo, en el cual ardían dos troncos que desparramaban el calor y la alegría en la abrigada estancia.

¡Qué hermosas son las cocinas en casas antiguas de señores en la provincia de Teruel!... ¡Qué hermosas, cuán abrigadas y alegres!...

Aquella era una de tantas. El hogar se hallaba separado de la pared, la cual ofrecía una cavidad espaciosa, que terminaba en una especie de pechina. Esta cavidad estaba cruzada por un tablón que servía de asiento y que era ocupado en las largas veladas del invierno por los criados de la casa. Era lo que se llama un «tras-fuego» envidiable.

Dos bancos de allos respaldos, provistos de blandas colchonetas, flanqueaban el hogar, y otro de más elevado respaldo, se corría al frente, partiendo de la puerta de entrada, que era un impedimento á las corrientes de los aires, y servía además su asiento para el acto de las comidas, porque en aquella espaciosa cocina se aprovechaba el buen hueco que resultaba entre este cómodo mueble y el hogar, para comedor, durante las estaciones frías.

Las paredes estaban perfectamente blanqueadas, y hasta metro y medio de altura ostentaban un friso hecho con azulejos muy caprichosamente rameados.

En esta bien abrigada habitación, nos recibieron los dueños de la casa, á los cuales fuimos deudores, desde el momento que llegamos, de las atenciones más delicadas y de las muestras más ingenuas de afecto y simpatía.

Aquella era una casa patriarcal. D. Juan y D.^a Teresa habían sabido sostener en su hogar las tradiciones heredadas, y aquella finca era modelo de una colonia cristiana. Creo haberlo dicho todo con esta palabra, y en gracia á la brevedad, porque no quiero fatigar á los lectores del SEMANARIO ILUSTRADO, paso por alto cosas y detalles que son de interés en estos relatos; pero lo primero es primero, y sin más descripciones, demos un salto y allá va el hecho principal, tal y como lo oí de labios de uno de mis compañeros, el cual nos lo refirió después de la cena, y cuando todos rodeábamos la buena fogata.

Después de todo no es lo interesante aquí otra cosa, y los lectores (que esto se dignen leer) agradecerán la brevedad más que todo, para pasar á asuntos más alegres, más del gusto general ó de más sustancia. Al grano, pues.

—«Mi padre fué uno de los héroes de la guerra de la independencia. Azote de franceses y afrancesados, desde que dió comienzo aquella epopeya gloriosa, fué el objeto de los rencores de los secuaces del usurpador Napoleón, y por lo tanto, sufrió terribles persecuciones antes y después de emprendida la gigantesca lucha.

La junta de defensa de la provincia encargóle de levantar un batallón en el distrito donde tenía más influencia personal, y mi padre acometió la empresa con el ardor y entusiasmo de un buen patriota. En el acto que reunir pudo cien hombres se lanzó al campo y procuró armarlos, instruirlos y disponerlos para la guerra; pero en los primeros intentos salióronle sus esperanzas fallidas, porque el país estaba dominado por los enemigos, y en el acto le batían y dispersaban.

Ocultábase mi padre en casas de españoles netos y desde sus escondites organizaba nuevos intentos, y los vendidos á Napoleón comprendieron que tarde ó temprano había de conseguir verse rodeado de fuerzas disciplinadas y determinaron su captura á todo trance, con el fin caritativo de fusilarle.

Se organizaron reconocimientos de domicilios en los pueblos que tenían sospechas que pudiera refugiarse, pregonaron su cabeza ofreciendo buena recompensa á quien la presentara ó delatare el lugar del refugio; y la verdad es que las distancias se estrecharon mucho, y vióse verdaderamente comprometido.

No quería ni debía abandonar el distrito. Los franceses atropellaban á los habitantes que les eran sospechosos, y en este estado entró el temor en muchos, y el *cabecilla*, como le llamaban los sicarios, llegó á comprender que podía con facilidad caer en manos de sus incansables perseguidores.

En esta situación acudió en su auxilio el patriotismo y la caridad de una comunidad religiosa de mujeres, y mi padre desapareció, con el mayor secreto, detrás de los muros de un convento.

Llegó el enemigo á creer que había abandonado el territorio. Solamente un hombre sabía su situación; el confesor de las monjas, y por este conducto hacía llegar sus determinaciones á sus auxiliares.

Tres meses estuvo recluido, y en tres meses no vió á otras religiosas que á la superiora, la Madre Isabel y á dos porteras que en compañía de la superiora le servían las comidas.»

También aquí, querido lector, doy otro brinco en gracia á la brevedad. Cierto que es sumamente interesante lo que nos refirió mi compañero de este lapso de tiempo; pero lo dejaremos, como decía Fernando VII, para mejor ocasión, y voy á terminar.

—«Tres meses transcurridos, durante los cuales los agentes de mi padre habían alcanzado armas y municiones, y tener gente dispuesta para ponerse á sus órdenes, dió las convenientes y llegó el día de la salida del convento, que debía efectuarse después de anochecido, y con el mismo secreto y precauciones que para la entrada.

Aquella tarde—decía mi padre—vi reunida toda la comunidad y conocí una por una á mis bienhechoras. Hasta la hora de salir y hasta el instante mismo no me dejaron. Cuando llegó el momento abandonamos la habitación que me cobijó tres meses: toda la comunidad me acompañaba y yo iba á la cabeza, en medio de Sor Isabel y de otra religiosa muy anciana, que había ejercido el cargo de abadesa.

Yo debía salir por la puerta de la sacristía, y para esto era preciso atravesar el coro, y seguir un largo corredor hasta llegar á la sacristía. Llegamos, pues, al coro. En el centro de éste se alzaba un bonito altar con una imagen de la Purísima Concepción. Al llegar á su frente Sor Isabel se arrodilló, y como si hubiera tenido en su mano un resorte, yo lo hice también y lo hicieron todas las religiosas, momentáneamente.

Allí rezó tres Ave Marias, pidiendo á la Virgen por mí, á las que respondía toda la comunidad. Aquella tiernísima escena me afectó profundamente, y bajo esta impresión llegué á la sacristía.

Las religiosas sofocaban sus sollozos: la Madre Isabel se hallaba al lado de la puerta de salida y sus hijas la seguían formando casi un círculo. Yo no atinaba á despedirme. Pronuncié como pude algunas palabras de reconocimiento y despedida y me dirigí á la puerta.....

Allí estaba aquella religiosa, aquella Madre Isabel, con su blanco hábito y su negro velo; alta y noble; un poco encorvada por los años, pero una figura verdaderamente respetable é imponente.

Hijo mío—me dijo con palabras que parecían húmedas—no tiene V. madre: va V. á correr los riesgos de una guerra, guerra santa, y tanto como que si en ella muere V. Dios Nuestro Señor le recibirá como á mártir suyo: pero no tiene V. madre, repito, y sin su bendición va V. á correr esos riesgos: ¿quiere V. que yo le bendiga por su madre?

Cai al suelo arrodillado, vertiendo abundantes lágrimas, dulcísimas lágrimas. Aquella santa esposa de Jesús me bendijo, yo besé la punta de su blanco escapulario con la mayor ternura y devoción; me levanté, y sin decir á Dios, porque no podía, salí á la iglesia en la cual me esperaba el confesor.»

«Y cuando mi padre nos refería este episodio—añadió mi compañero—siempre surcaban sus mejillas algunas furtivas lágrimas.»

ANTONIO APARICIO.

UNA BODA EN CHINA

La descripción de esta ceremonia no constituye uno de tantos cuentos que algunos escritores nos refieren del Celeste Imperio; en los dos primeros números hemos dado unos croquis relativos á este originalísimo acto, tomados del natural por un artista chino, y en éste los completamos con los siguientes curiosos datos:

El festejo no se conoce en China para los contrayentes: tal moda queda reservada á los padres respectivos de los amantes, que arreglan el casamiento á su gusto y disponen de los corazones de sus hijos como del dinero propio. El amor, en aquel país, es un mito



mayor que Cupidillo, ese dios mitológico que gasta hiberón y que tanto desastre comete con su dardo en los inocentes pechos de las criaturas.

Debe ser muy curiosa la declaración que en nombre de su hijo haga una vieja chinilla de 80 años á un viejo chinillo de la misma edad: ¡qué ternezas, qué piropos y qué de cosas se dirán los ologenarios padres de sus chicos! Por supuesto, dirán lo que cierta señora, europea por más señas, al que pretendía ser esposo de su hija: ¡Melín! ¡Melínsito! ¡mi Pilita está encandilada de V.!

En China hay corredoras (cuenteras en Aragón), también las hay machos, encargadas de poner al corriente de las dos familias de todo lo anejo al matrimonio. Tales serviciales no faltan en España; lo que sí falta, y es lo que constituye casi un verdadero comercio, es la cantidad que el esposo tiene obligación de dar al padre ó madre de la novia, para que ésta satisfaga los gastos de su hija (á quien no dota por prohibirlo las leyes y costumbres del Celeste Imperio) aparte del regalillo de boda que, según la fortuna del donante, consiste en alhajas, sederías, dinero, frutas, etc.

Quedamos, pues, en que los chinos chicos se encuentran esposos de golpe y porrazo: en esto ganan á los españoles que después de debutar como tenorios callejeros se que-

dan muchos á la luna de Valencia la noche ó el día menos pensado, aunque tal astro no alumbre ni exista en el Firmamento; y quedamos también en que para evitar enojosas roturas y contrariar la voluntad del cielo *chinitil* no se ven los jóvenes hasta el momento de la ceremonia.



Firmado el contrato matrimonial, la novia deja su peinado de niña, y hace una vida reservada, no saliendo de casa, ó de salir lo verifica en una silla de manos herméticamente cerrada; comunicase la noticia á los parientes que de costumbre mandan un regalo; las corredoras consultan el horóscopo antes de señalar el día de la boda, á fin de que ésta sea de feliz resultado, cuyo señalamiento corresponde por derecho á la familia de la contrayente.

Arreglado todo, el marido envía á un pariente con una silla de manos dorada á casa de la novia, la que se hallará perfectamente adornada con joyas suyas, prestadas ó alquiladas como la silla de manos, ostentando en la cabeza una especie de corona de metal con flores. La futura esposa y sus parientes al ver llegar al emisario, se echan á llorar (como movidos por un resorte y quieras que no) de un modo desesperado: aquella se esconde en su cuarto, de donde es sacada á viva fuerza y encerrada bajo llave en la silla ó litera, que le es entregada al portador de la misma, para que éste lo haga á su vez al marido. Entonces se organiza la procesión con banderas, músicas, linternas de variados colores y dibujos, faquines con los baúles conteniendo el altrezo de la desposada, cajones y utensilios culinarios, en una palabra, con los trastos de casa.



Llegada la comitiva al domicilio del marido (y vaya de originalidades) éste espera en la puerta para recibir á su dama, menos cuando le dan los mismos accesos que á su señora, en cuyo caso tienen que buscarlo dentro de la vivienda y conducirlo ante la silla

de su adorada á quien deja en libertad saliendo de su amorosa celda con el rostro cubierto por espeso velo. Prostérnanse los esposos ante sus padres, recitanles máximas morales sacadas de los filósofos, apuran dos copas llenas de licor que están unidas por un cordoncito de seda roja, se alza la novia el velo para sorber el contenido de una de ellas, admira el novio por vez primera el rostro de su amada (si no está rayado de viruelas y es chala y tuerla por añadidura) y... casamiento hecho.



Hay comida acompañada de estrepitosa música; la mujer, preside la mesa que ocupan las de su sexo y el hombre la del suyo; la recién casada pasa después donde está el sexo fuerte, le enseña sus diminutos piecitos con remonería y orgullo chinito, y.... ¡a vivir!

PEDRO GASCÓN DE GOTOR.



El hombre puesto á precio.—La abeja muere por la picadura?—La electricidad aplicada al

caballo.—La carne de perro.—La vida y el periodista.—Una anécdota de Delpeit.

Nadie como el yankee para mirar la vida según su aspecto práctico. La importancia de un invento dedúcenla de su utilidad pecuniaria, subordinando á ella ciencia y arte sin escrúpulo alguno.

En este sentido, no es de extrañar que después de haber calculado el precio de los animales atendiendo á sus condiciones de resistencia, fuerza, etc., para el trabajo, calcularan por el mismo sistema y con idéntico fin el precio del hombre negro.

Pero el colmo—porque es todo un colmo—está en el reciente estudio practicado por el doctor Tarr, según el cual, queda establecido y precisado el precio del blanco, ni más ni menos que si de un caballo se tratara.

Véase la clase: un recién nacido cuyos padres sean trabajadores vale 25 escudos; á los cinco años, 250; á los diez, 500, y en cuanto

Llega á edad de trabajar, 800. A los veinte años adquiere el máximo de su valor, 1.200. Después desciende de nuevo hasta llegar á sesenta años, en cuya época Tarr fija su precio en 600 escudos. Cuando llega á los setenta no solo no vale, sino que supone una pérdida. ¡Pobre doctor Tarr! En él se hace cierta la locura de los sabios; que si al cuerpo se atiende, Edisson sordo, nada robusto, y después de los veinticinco cumplidos, no hubiera asombrado al mundo con sus prodigiosas aplicaciones de la electricidad, ni tuvieran los yankees del Norte América por qué enorgullecerse.

El doctor Ribber, de Krasichi, (Polonia), ha hecho curiosos estudios sobre las abejas para deducir con certeza la verdad que existe en la creencia general de suponer que la abeja muere después de haber picado.

Ribber en sus experimentos obligó á picar á 132 abejas, encerrándolas luego de haber perdido las glándulas venenosas. El resultado fué que 80 de las prisioneras volaron rápidas, bañándose de luz tan pronto como el doctor las dió suelta pocos días después de encerrarlas; y solo las 52 restantes perecieron durante la experiencia.

De lo cual se deduce que las abejas, después de expeler su veneno encuéntranse, por regla general como antes de picar.

Lo peor es que ya no podrá regocijarse el espíritu de los niños con la idea de su infantil venganza pensando que la abeja que les picó, está condenada á muerte en pena de su tremendo crimen.

Las carreras de caballos son en España una diversión aristócrata y nada más. Porque no merece llamarse juego el cruce de unas pesetas en favor de Pitt o Paladín. A lo sumo representan las apuestas la satisfacción de pueril vanidad.

No así en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos donde son enormes las cantidades que en favor de uno á otro caballo se cruzan; de modo que todo medio es bueno para un *sportman* ó un jockey, con tal de ganar el premio.

Uno de estos escuálidos jinetes ha usado en las últimas carreras celebradas en Chicago, un ardíd tan ingenioso como cruel. Colocó en su cinturón un carrito Rhumkorff con su correspondiente pila. Los dos alambres del circuito secundario, sueltos bajo el pantalón ceñido á la pierna, iban á parar uno á cada espuela del jinete; de manera que al espolear al animal, experimentaba éste terrible sacudida eléctrica que le obligaba á dar botes increíbles. El jockey llegó á la meta el primero como es de suponer, pero el jurado advirtió la ingeniosa trama y condenó al jockey á no entrar más en la pista del Hipódromo.

En Munich dan las últimas estadísticas oficiales un crecimiento enorme al número

de expendedurias de carne de perro, establecidas en aquella capital. No solo se fabrica con carne de perro salchichón y otros embutidos, que se exportan en gran escala y aquí comemos como de legítimo cerdo muchas veces, sino que se vende al público la carne para consumo particular.

La mayor parte de los perros que se sacrifican, proceden del robo; así es, que conservar un perro en Munich requiere más cuidado que guardar aquí una liebre.

Los dueños de perros los llevan fuertemente atados, y en casas pudientes los perros tienen criados que se dedican exclusivamente á su vigilancia, especialmente al sacarlos á pasear.

Dada la cantidad de carne vendida, se supone que el último año se ha dado muerte en Munich á 40.000 perros.

Según una memoria presentada al Instituto de periodistas de los Estados Unidos, éstos por regla general, no viven más de los cuarenta años, y en caso contrario llegan á la vejez, verdaderamente quebrantados.

La actividad vertiginosa á que viene obligado el reporter, destruye completamente su organismo, pagando con su salud y hasta con su vida el ansia de noticias de los lectores.

Según la Memoria, y aunque en España no ha llegado la hora de tomar noticias en velocipedo, los periodistas deben prevenirse á no ser mártires del periódico.

Hace pocos días que ha fallecido en París el célebre escritor Alberto Delpail.

Delpail fué militar y terminada su última campaña dedicóse de lleno á la literatura; más dícese de él que siempre se tuvo por muy inferior literato. Delpail creía que los hombres tenemos la desdicha de enamorarnos siempre de aquella profesión á que menos se adaptan nuestras facultades. A este propósito refería el difunto escritor la siguiente anécdota.

«Cierta vez recibí una carta en que un desconocido me rogaba con verdadero ahinco le colocase de racionista en cualquier teatro, á cuyo efecto refería en su carta sus primeros gozos en el arte, y elogiaba luego desmedidamente sus obras dramáticas casi todas mal recibidas del público.

La carta estaba tan bien escrita, y reflejaba tal ingenio cómico, que desde luego pensé proteger al desconocido, mas no para hacerle actor, sino literato.

En nuestra primera entrevista expuse mi deseo, más fué imposible convencerle: así que le dí plaza en un teatro de segundo orden, donde como suponía, jamás pasó de partiquino.

No me cabe duda de que hubiera sido un gran escritor. En cambio yo... acaso yo hubiera hecho un cómico perfecto.»

A.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—No se devuelven los originales.—Los autores son responsables de sus escritos.

Tip. de M. Salas, plaza del Pilar, Pasaje.